

no oía nada, proseguía su camino hacia el gran salón, arrastrada por una de esas corrientes eléctricas que rompen á veces la monotonía mundana. Á su paso, y mientras saludaba á la bella señora de Jenkins, las mujeres se inclinaban un poco con coquetería, con una sonrisa suave, una preocupación de agrandar. Pero el duque sólo veía á una, á Felicia, de pie en el centro de un grupo de caballeros, discutiendo como si estuviese en su taller, y que seguía tranquilamente tomando su sorbete á pesar de ver al duque encaminarse hacia ella con exquisita naturalidad. Los circunstantes se habían apartado discretamente. Á pesar de esto, y de lo que había oído de Gery acerca de sus supuestas relaciones, no parecía que mediase entre los dos más que un compañerismo puramente de añiciones, una familiaridad jovial.

— De paso para el bósque he estado en vuestra casa, señorita.

— Lo sé, así como que habéis entrado también en el taller.

— He visto el famoso grupo... mi grupo.

— ¿Y qué tal?

— Hermosísimo... El galgo corre como un endemoniado... La zorra escapa admirablemente... Sólo que no he acabado de entender... ¿Me habíais dicho que era nuestra historia, la de nosotros dos?

— ¡Ah! ahí está el quid... Á ver, buscadlo... Es un apólogo que he leído en... ¿No leéis á Rabelais, señor duque?

— No, de veras. Es demasiado grosero.

— Pues yo he aprendido á leerlo entre líneas. Muy mal educado, conformes. ¡Oh! retental... Quedamos, pues, en que mi apólogo está sacado de Rabelais. Es como sigue: Baco ha hecho una zorra prodigiosa, invencible en la carrera. Á su vez, Vulcano ha dado á un perro salido de sus manos el poder de alcanzar á toda bestia á la cual persiga. «Pues, como dice mi autor, sucedió que se encontraron.» Figuraos qué carrera más endiablada é... interminable. Parece, querido duque, que el destino nos ha puesto de igual suerte á vos y á mí en presencia el uno del otro, pertrechados de cualidades contrarias, vos que habéis recibido de los dioses el dón de conquistar todos los corazones, yo que tengo un corazón que no ha de ser conquistado jamás.

Todo esto se lo decía mirándole de hito en hito, semi-

riendo, pero tiesa y apretada por su túnica blanca que parecía guardar su cuerpo de las libertades de su imaginación. Él, el vencedor, el irresistible, no las había encontrado nunca de aquella casta audaz y voluntariosa. Así, la envolvía en todos los efluvios magnéticos de una seducción, mientras que en rededor suyo, el murmullo creciente de la fiesta, las risas aflautadas, el roce de las sedas y de las franjas de perlas hacían el acompañamiento á aquel dúo de pasión mundana y de juvenil ironía.

El duque replicó al cabo de un minuto:

— Pero, ¿y cómo se salieron los dioses de semejante atoladero?

— Convirtiendo en piedras á los dos corredores.

— Vaya, pues es un desenlace, repuso él, que no acepto en manera alguna... Desafío á los dioses á que consigan petrificar mi corazón.

Una llamarada súbita brotó de sus pupilas, extinguida al punto ante la idea de que les observaban.

Con efecto, eran blanco de las miradas generales, pero nadie les observaba con tanta insistencia como Jenkins, quien, crispado, impaciente, daba vueltas á su alrededor cual si le pesara que Felicia monopolizase para ella sola el personaje importante de la reunión. La joven se lo hizo notar riendo al duque:

— Van á decir que os acaparo.

Y le mostraba á Monpavon aguardando en pié, junto al Nabab, quien de lejos dirigía á la Excelencia la mirada sumisa y pedigüeña del perro de presa á su amo. El ministro de Estado se acordó entonces del objeto que le traía allí. Saludó á la joven y volvió á reunirse con Monpavon quien logró por fin presentarle:

— Su distinguido amigo, M. Bernardo Jansoulet.

La Excelencia se inclinó, el advenedizo se humilló hasta el suelo, y conversaron algunos instantes.

El grupo era digno de observación. Jansoulet, alto, recio, aire plebeyo, cutis atezado, dobladas sus espaldas corpulentas cual si se hubiesen arqueado por siempre con las zalemas de la cortesía oriental, manazas cortas que hacían resaltar el color claro de sus guantes, mímica expresiva, exuberancia meridional que rebanaba las palabras como con sacabocados.

El otro, aristócrata de raza, hombre de mundo, la elegancia en persona, natural en sus más pequeños ademanes de que por otra parte era muy sobrio, dejando caer con indolencia frases á medio concluir, animando con una semi-sonrisa la gravedad de sus facciones, escondiendo debajo de una urbanidad imperturbable el profundo desdén que sentía por los hombres y por las mujeres; y ese desdén era precisamente la parte mayor de su fuerza... En un salón americano, la antítesis no hubiera sido tan chocante. Los millones del Nabab hubieran restablecido, y aun inclinado, el platillo á su favor. Pero París no ha llegado todavía á poner el dinero por cima de las demás fuerzas, y bastaba, para convencerse de ello, ver con cuánta oficiosidad se removía el grueso mercader ante el gran señor, y se apresuraba á deponer á sus plantas, como el manto de armiño del cortesano, su burda vanidad de enriquecido.

Conocedor de la importancia que á aquella presentación daba su amigo, de Géry, desde el rincón en que se había acurrucado, seguía la escena con interés, cuando la casualidad, que tan crudamente venía burlando durante toda la noche sus candideces de principiante, le hizo distinguir un breve diálogo, cerca de él, entre el batiburrillo de conversaciones particulares en que cada cual oye precisamente la palabra que le interesa:

—Del mal el menos si Monpavon le hace contraer algunas buenas relaciones. Le ha procurado tantas que no lo son... Figuraos que acaba de endosarle Paganetti con toda su cuadrilla.

—¡Aviado está!... Pero van á comérsele vivo.

—¡Bah! quien roba á un ladrón há cien días de perdón... Vaya por lo que él les ha birlado á los pobres turcos.

—¿Y es cierto?

—¿Que si lo es? Sobre este punto sé detalles precisos por boca del barón Hemerlingue, el banquero que ha cubierto el último empréstito tunecino...

—Él sí que del Nabab os podría contar las mil y una. Figuraos...

Y comenzaron las infamias. Jansoulet había estado explotando indignamente durante quince años al difunto Bey. Citábanse nombres de contratistas y jugadas admirables por el descaro y el aplomo; la historia, por ejemplo, de una fragata

con música, sí, tal como suena, con música, la de un cuadro de comedor que había comprado por cien mil francos y revendido por diez millones, un trono de tres millones cuya factura, visible en los libros de un ebanista del barrio de Saint-Honoré, no alcanzaba á cien mil; y lo más cómico era que habiendo el Bey cambiado de capricho, el regio sitial, caído en desgracia antes de ser desembalado, seguía metido todavía en su funda de viaje en la aduana de Trípoli.

Aparte de esas exorbitantes primas por el envío del más fútil cachivache, hacíase hincapié en otras acusaciones más graves aún, pero no menos ciertas, como que procedían de la misma fuente. Hablábbase de cierto harem de europeas que hacía pareja con el serrallo, montado admirablemente para su alteza por el Nabab, perito en semejante materia, como que antes de su marcha á Oriente había ejercido en París toda suerte de oficios: revendedor de salidas de teatro, empresario de un baile extra-muros, de una casa todavía más sospechosa... Y los cuchicheos remataban en una risotada contenida, la risotada morruda de los hombres cuando hablan entre sí.

El primer impulso del joven provinciano al oír tan infames calumnias, fué el de volverse y gritar:

—Faltáis á la verdad.

Horas antes lo hubiera hecho sin vacilar, pero desde que estaba allí había aprendido la desconfianza, el escepticismo.

Contúvose, pues, y escuchó hasta el fin, clavado en el mismo sitio, sintiendo en el fondo de sí mismo el no confesado anhelo de conocer mejor á su amo. En cuanto al Nabab, protagonista bien inconsciente de aquella asquerosa crónica, instalado tranquilamente en un saloncito al cual imprimían cierto recogimiento sus cortinajes azules y sus dos velones con pantalla, jugaba su partida de descarte con el duque de Mora.

¡Oh magia del galeón! El hijo del hierro-vejero, solo, en una mesa de juego, cara á cara con el primer personaje del imperio! Jansoulet apenas daba crédito á la luna de Venecia donde se reflejaban su figura radiante y el cráneo augusto partido por espaciosa crencha. Así, para corresponder á tan señalada honra, se esmeraba en perder con toda legalidad cuantos más billetes de mil francos podía, persuadido de que el que en definitiva salía ganando era él, y orgulloso de ver

pasar su dinero á aquellas manos aristocráticas cuyos más leves movimientos estudiaba mientras tiraban, cortaban ó sostenían los naipes.

En torno de ellos, aunque á distancia, los diez pasos de rúbrica para saludar á un soberano, formábase un círculo de curiosos; era él público de aquel triunfo al cual asistía el Nabab como en sueños, embriagado por aquellos mágicos acordes que la distancia amortecía, por aquellos cantos que llegaban hasta él en frases incisivas como por encima del obstáculo resonante de un estanque, por ese perfume particular que despiden las flores al acercarse el final de un sarao parisense, cuando la hora que avanza confundiendo toda noción de tiempo, y la lasitud de la noche en blanco determinan en los cerebros enrarecidos por la excepcional nervosidad de la atmósfera, algo como una borrachera de placeres. La robustez de su temperamento hacía á Jansoulet, especie de salvaje civilizado, sensible por todo extremo á aquellos refinamientos no gustados; y menester le era toda su presencia de ánimo para no dar suelta á algún hurra entusiasmado, á una explosión intempestiva de gestos y de palabras, á aquella vibración de alegría física que agitaba su sér todo, á la manera de esos perrazos montañeses en los cuales la inspiración de una pequeña gota de esencia produce verdaderos espasmos epilépticos.

—Hace buena noche, el piso está seco... Si os parece, hijo mío, despediremos el carruaje y nos iremos á casa á pié, dijo Jansoulet á su compañero al salir de casa de Jenkins.

De Géry aceptó con mil amores. Sentía necesidad de pasear, de oírse, de sacudirse de encima las infamias y las mentiras de aquella comedia mundana que le tenía helado y oprimido el corazón, que le agolpaba toda la sangre á las sienas cuyas venas hinchadas sentía latir. Andaba tambaleándose, á la manera de esos infelices que han sufrido la operación de la catarata y que, en el espanto de la visión reconquistada, no se atreven á sentar un pié más allá del otro. Pero, ¡con qué brutalidad de manos se había hecho la operación! Con que, aquella gran artista de glorioso apellido, aquella beldad pura,

severa, cuya sola presencia le había turbado como una aparición, no era más que una cortesana! La señora de Jenkins, aquella imponente dama, de altanero al par que apacible continente, no se llamaba en realidad la señora Jenkins. Aquel sabio ilustre, de aspecto tan franco, de maneras tan cordiales, tenía el cinismo de exhibir á la descarada un concubinato vergonzoso. Y París lo sospechaba, á pesar de lo cual se apresuraba á acudir á sus fiestas. Hasta Jansoulet, ese Jansoulet tan bueno, tan generoso, por quien tamaña gratitud sentía en el fondo de su corazón, había ido á parar á manos de una cuadrilla de ladrones, y él, á su vez, no pasaba de ser uno de tantos, y bien digno de la explotación organizada para hacerle saltar sus millones...

¿Era posible? ¿Qué había de verdad en todo ello?

Una rápida mirada que de soslayo dirigió al Nabab cuya descomunal persona obstruía la acera, le hizo descubrir de pronto en aquel andar calado por el peso del dinero, algo de bajo y de canalla en que no había puesto mientes hasta entonces. Sí; se veía bien en él al aventurero del Mediodía, amasado con ese lodo que cubre los muelles de Marsella hollado por todos los nómadas, por todos los vagamundos de puerto de mar. Bueno, generoso, todo lo que se quiera, como los ladrones, como las prostitutas.

Y ya entonces, en el oro que fluía á raudales por aquel ambiente averiado cuanto lujoso, en aquel oro que aun las paredes salpicaba, pareciale ver revuelta toda la escoria, toda la porquería de su turbio y fangoso criadero. De modo, pues, que á él, de Géry, no le quedaba otro recurso que marcharse, que abandonar cuanto antes mejor aquel puesto en que corría el riesgo de comprometer su nombre, la sola herencia de sus padres. Sí; este era el único partido posible. Pero entonces, ¿quién pagaría la pensión de sus dos hermanitos, allá, en su país? ¿Quién sostendría el modesto hogar milagrosamente salvado por el pingüe sueldo del mayor, del jefe de familia? Esta palabra de jefe de familia le sumió al punto en uno de esos combates internos en que porfían el interés y la conciencia,—brutal la una, firme, embistiendo de frente á estocada limpia; escurriéndose el otro, hurtando el cuerpo con movimientos sutiles,—mientras el bravo Jansoulet, causa ignorante del conflicto, seguía al lado de su

amigo á grandes zancadas, aspirando el aire con deleite por la punta de su tabaco encendido.

Nunca había estado tan contento de la vida; y aquella velada en casa de Jenkins, su ingreso en el gran mundo, habían dejado en su mente una impresión como de arcos triunfales, de multitud agolpada, de flores echadas á su paso... Tan cierto es que el color de las cosas depende del cristal con que se miran... ¡Qué éxito! El duque, al despedirse, invitándole á ir á ver su galería, lo cual tanto valía como que las puertas del palacio de Mora iban á abrirse antes de ocho días. Felicia Ruys consintiendo en hacerle el busto, de suerte que, en la próxima exposición, el hijo del traperero tendría su retrato esculpido en mármol por la misma gran artista que había firmado el del ministro de Estado. ¿No era el logro completo de todas sus infantiles vanidades?

Y rumiando entrambos sus pensamientos sombríos ó risueños, caminaban el uno al lado del otro, tan absortos, tan fuera de sí mismos, que resonaron sus pasos por la plaza Vendôme, bañada por una claridad opaca y azul, sin que se hubiesen dicho ni una palabra tan sólo.

—Ya estamos, dijo el Nabab... Lo siento porque tenía ganas de pasear... ¿Vamos andando? Y mientras daban un par ó tres de vueltas por la plaza, exhalaba á bocanadas el gozo inmenso de que se sentía poseído.

—¡Qué buen tiempo! ¡Cómo se respira!... ¡Voto á sanes! ¡Ni por cien mil francos diera la noche que he pasado!... Es un buen chico ese Jenkins... ¿Y qué os parece del palmito de Felicia Ruys? Á mí una hermosura de aquellas me va al pelo... Pues ¿y el duque? ¡á eso se llama un gran señor! Tan campechano, tan amable... ¡Oh! París es una gran tierra, ¿verdad, hijo mío?

—Para mí es demasiado complicado... me da miedo, contestó de Géry con hosca voz.

—¡Oh! es natural, repuso él con encantadora fatuidad. No estáis aclimatado todavía, pero todo se andará, perded cuidado! Ahí estoy yo que en un mes me he puesto como veis.

—Bien, como vos habíais ya estado en París... Creo que vivisteis aquí algún tiempo.

—¿Yo? en mi vida... ¿Quién os lo ha dicho?

—¡Oh! no, me lo figuraba... repuso el joven: y de pronto, agolpándose á su mente una porción de reflexiones:

—Pero, ¿qué le habéis hecho á ese barón de Hemerlingue? Os tenéis un odio á muerte.

El Nabab quedó un rato en suspenso. El nombre de Hemerlingue atravesado súbitamente en su alegría le recordó el único incidente enojoso de la velada:

—Á él como á todos, dijo por fin el Nabab en tono entristecido, no le he hecho más que bien. Comenzamos juntos, miserablemente. Juntos hemos ido adelantando, prosperando. Cuando quiso volar con sus propias alas, no hice siempre más que sostenerle, ayudarle cuanto pude. Por mí ha tenido durante diez años consecutivos las contratas de suministros del ejército y escuadra: de ahí proviene casi toda su fortuna. Luégo, de la noche á la mañana, ¿pues no se le ocurre á ese estúpido de suizo con sangre de horchata el enamorarse de una odalisca que la madre del Bey había hecho expulsar del harem? La mala pécora era bonita, ambiciosa, y no paró hasta el matrimonio. Como era natural, después de un lance así, Hemerlingue no tuvo más remedio que largarse de Túnez... Le hicieron creer que era yo quien incitaba al Bey á que le cerrase las puertas del principado. No es cierto. Logré, por el contrario, que Hemerlingue hijo—un hijo de su primera mujer—pudiese quedar en Túnez para vigilar sus intereses en suspenso, mientras el padre se venía aquí á fundar su casa de banca... Por lo demás, se han portado conmigo con una reciprocidad que espanta. Desde que, por fallecimiento de mi pobre Ahmed, el mouchir, su hermano, ocupó el trono, los Hemerlingue, puestos en candelero, no han parado de perjudicarme cuanto han podido cerca del nuevo soberano. El Bey sigue haciéndome buena cara; pero mi crédito está en berlina. Pues bien, á pesar de todo esto, á pesar de las malas pasadas que me ha jugado Hemerlingue, que me está jugando todavía, estaba dispuesto esta noche á darle la mano... No sólo ese miserable me la rehusa, sino que me hace insultar por su mujer, una bestia fiera y maligna, que no me perdona el chasco de no haberla querido recibir en Túnez... ¿Queréis saber cómo me ha llamado en el salón al pasar por delante de mí?—«Ladrón, hijo de perro...» Ya veis que la odalisca no se muerde la lengua... De modo que si

yo no supiese que Hemerlingue tiene tanto de gordo como de gallina... Pero en fin, que digan de mí lo que les dé la gana. Allá se las compongan. ¿Qué es lo que pueden hacerme? ¿Partir peras con el Bey? Tanto me importa. Ya nada tengo que hacer en Túnez, y pienso retirarme de allí cuanto antes mejor... No hay en la tierra más que un país, que una ciudad, París, París afable, hospitalario, de ancha manga, en donde hay mucho que correr para todo el que vale... Y yo ahora, amigo mío, tengo grandes proyectos... Estoy harto de ser un mercachifle... Veinte años, uno tras otro, he trabajado por el dinero: ahora tengo sed de gloria, de consideración, de fama. Quiero ser alguien en la historia de mi país, y no me ha de ser difícil el conseguirlo. Con mi inmensa fortuna, mi conocimiento de los hombres, de los negocios, ese no sé qué que siento en mi frente, puedo llegar á todo, y á todo aspiro... Así, creedme, querido, no os apartéis de mi lado,—diríase que contestaba al pensamiento secreto de su joven compañero,—seguid fielmente á bordo mío. La arboladura es sólida, traigo buen repuesto de carbón... Conque, os juro por quien soy, que iremos lejos y aprisa.

De tal suerte divulgaba sus proyectos el cándido meridional, con animada gesticulación, y de vez en cuando, desde las aceras de la plaza agrandada y desierta, majestuosamente circuida de sus palacios cerrados y mudos, levantaba la cabeza hacia el hombre de bronce de la columna, cual si tomase por testigo á aquel gran advenedizo cuya presencia en el centro de París autoriza todas las ambiciones, hace verosímiles las quimeras todas.

Hay en la juventud una fogosidad de corazón, una necesidad de entusiasmo que despiertan al más leve roce. Á medida que el Nabab iba hablando, sentía de Géry desvanecerse sus sospechas y renacer todas sus simpatías con cierto matiz de compasión... No, no era posible; aquel hombre no era un malvado, sino un pobre diablo lleno de ilusiones á quien se le subía la fortuna á la cabeza como un vino de mucho cuerpo en un estómago acostumbrado al agua. Solo en mitad de París, cercado de enemigos y de explotadores, Jansoulet le hacía el efecto de un viajero que cruza á pié una selva peligrosa, de noche y sin armas. Y le parecía que tocaba al protegido velar á escondidas por el protector, constituirse

en el Telémaco lince de aquel Mentor ciego, enseñarle los barrancos, defenderle contra los saqueadores, ayudarle, en una palabra, á abrirse paso por aquel hormiguero de emboscadas nocturnas que él sentía como acechaban ferozmente al Nabab y sus millones.

